

«La novela perfecta para los amantes de los libros sobre libros.» *Library Journal*

EL ÚLTIMO LIBRO

KAREN DUKESS

KAREN DUKESS

EL ÚLTIMO LIBRO

Traducción de Mariana Hernández Cruz

 Planeta

Título original: *The Last Book Party*

© Karen Dukess, 2019

© por la traducción, Mariana Hernández Cruz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Publicado de acuerdo con
Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-08-22563-8

Depósito legal: B. 4.654-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Mientras avanzaba por el camino de tierra que llevaba a la casa de verano de Henry Grey, me recordé que había recibido una invitación personal. Hombres con camisas de lino arrugadas y pantalones holgados y mujeres con faldas y vestidos vaporosos daban vueltas por el césped descuidado frente a la casa de estilo colonial de Nueva Inglaterra. Desde el océano, a pocas hondonadas de distancia, llegaba un viento suave pero constante que hacía flotar las servilletas como plumas.

Miré mis alpargatas y deseé haberme puesto tacones. Oí que una mujer decía: «El ego de ese hombre es tan grande como su lienzo». Más lejos, detrás de ella, oí la voz atronadora de un hombre que declaraba: «Lo que debería haber dicho era “Edna St. Vincent Millay”. ¿Y qué dije? “¡Edna St. Vincent Mulcahy!”». El que hablaba y quienes lo escuchaban estallaron en carcajadas. Avancé unos pasos hacia la multitud. Un hombre elegante con un mechón de pelo blanco agitaba su copa y le explicaba a su acompañante: «Yo sabía que Bob Gottlieb

iba a abrir paso al cambio, pero tenía la esperanza de que fuera algo más trascendente que permitir la publicación de la palabra *joder* en *The New Yorker*.

Los invitados se comportaban justo como imaginé que lo harían. Era la élite veraniega de Truro: escritores, editores, poetas y artistas que dejaban sus apartamentos de Manhattan y Boston cerca del Día de los Caídos y se quedaban en Cabo Cod hasta septiembre. Yo los conocía por la página de «Sociedades» que alguna vez había leído en el periódico local y también por los chismes de mis padres y sus amigos, a quienes les encantaba compartir esta época con intelectuales famosos, aunque sus caminos se cruzaran sólo en raras ocasiones.

Esa gente pasaba el verano en casas deterioradas, con techos de teja y porches cerrados con ventanales, en lugar de veranear en las casas remodeladas o nuevas con terrazas abiertas como la que mis padres compraron después de haberla alquilado durante varios años. Jugaban al *backgammon*, bebían ginebra y se reunían para disputar infinitos torneos de tenis, pero no en Oliver's, en Wellfleet, donde mis padres y sus amigos pagaban por horas, sino en sus propias pistas maltratadas. Salvo algunas excepciones, no eran judíos como nosotros. Hasta donde yo sabía, ni siquiera iban a la playa.

Me abrí camino hacia un grupo de gente que rodeaba una mesa de madera y me quedé un poco decepcionada cuando descubrí que no había nada más que un plato

de huevos cocidos y un pequeño tazón con una mezcla de diferentes tipos de frutos secos. ¿La escasa comida explicaba por qué todos estaban tan delgados, con el cuerpo tan falto de formas como su cabello? Yo no consideraba que tuviera sobrepeso, tan sólo era un poco mullida en los costados, pero, al estar entre estas personas angulosas con mi vestido floral Laura Ashley de torso entallado, sentí un poco de vergüenza por mis curvas.

Consciente de que estaba de pie a solas, me acerqué a una vieja mesa rústica en la que dos hombres pelaban las ostras de forma que parecía que compitiesen. Ambos tenían la piel bronceada y eran robustos, pero uno parecía más joven, quizá sólo unos años mayor que yo, y llevaba su cabello castaño brillante recogido en una cola de caballo; el otro era más mayor, de cabello oscuro y ondulado. Cuando el hombre mayor alzó la mirada, vi que era Henry Grey. Parecía más amable y más guapo que en la intimidante fotografía de la portada de su recopilación de columnas, *My New Yorker*.

Me presenté y él me miró perplejo.

—De Hodder, Strike and Perch —dije—. La secretaria de Malcolm Wing...

Henry dejó su cuchillo para pelar ostras y levantó las manos en el aire.

—Por Dios, Eve Rosen, ¡existes! El único ser humano de verdad que han contratado en Hodder, Strike.

La escandalosa bienvenida de Henry me tranquilizó. El pelador de ostras más joven me tendió la mano, toda-

vía dentro de un grueso guante anticortes especial para pelar ostras.

—Me alegra saber que existes —dijo con una sonrisa abierta y franca—. Yo soy Franny, hijo y empleado no remunerado de Henry.

Estreché su guante húmedo. Unos pedazos de caparazón de ostra se me clavaron en los dedos cuando me apretó la mano. Sus ojos eran de un verde impresionante.

—Me alegra saber que tú también existes —respondí.

El sol había empezado a deslizarse en el cielo y proyectaba una luz melosa sobre todas las cosas. Detrás de Franny, parecía como si las ligeras hojas del césped se encendieran.

Nunca pensé que Henry pudiera tener un hijo, ya que nuestra correspondencia siempre había sido estrictamente profesional. Sus cartas, que llegaban por correo postal incluso cuando él estaba en Manhattan, estaban redactadas con una máquina de escribir, en pequeñas esquelas de papel de color beige con las iniciales H. C. G. grabadas en tinta negra. Sólo escribía unas pocas líneas, por lo general acerca de algún asunto mundano, como estados de cuenta pendientes por regalías, pero siempre con gran ingenio y un sarcasmo mordaz hacia la falta de atención de Malcolm. Era emocionante intercambiar correspondencia con alguien que escribía en *The New Yorker*, aunque en nuestra oficina lo respetaran tan poco, debido a que un editor —que ya se había jubilado

hacía mucho— contrató sus interminables memorias, pero aún no las habían publicado. Yo pasaba un tiempo considerable confeccionando las notas para responderle a Henry, esforzándome por serle útil y, al mismo tiempo, parecer divertida e inteligente de forma natural. Nuestra correspondencia era lo más destacado de mi trabajo.

Henry me ofreció una ostra.

—Para ti, la única empleada de Hodder, Strike and Perch que se merece un marisco tan fresco.

Acepté la ostra. Me llevé el molusco a la boca, consciente de que tanto Franny como Henry me observaban mientras la sorbía ruidosamente, aunque de la manera más delicada posible.

—¿Salada y dulce? —me preguntó Henry.

Asentí y me limpié la boca. Estaba sorprendida por el parecido de ambos.

—Veros juntos es como pasar del Henry del pasado al Franny del futuro. Os dirán eso todo el tiempo.

—Y verte a ti es como darle un trago a la fuente de la juventud —respondió Henry—. ¿Otra ostra?

—Está bien, Henry, tranquilízate —dijo Franny.

—¿Siempre le llamas Henry? —pregunté mientras tomaba la segunda ostra.

—Sólo cuando es necesario.

Henry metió el cuchillo en la ranura de una ostra nueva y la abrió con facilidad. Arrojó la mitad vacía a una cubeta y con la otra mitad en la mano enguantada

cortó unas cuantas láminas de la carne del molusco antes de dejarla sobre un plato de hielo, en un extremo de la mesa. Me miraba mientras le decía a Franny:

—Hijo mío, esta señorita es una maravilla de la eficiencia. Y no es en absoluto como me la imaginaba. Cuando me enteré de su relación con Truro y la invité a que se reuniera con nosotros, esperaba conocer a una solterona esquelética con un jersey de punto.

Franny me miró mientras negaba con la cabeza y apuntaba a su padre con el cuchillo:

—Es una verdadera reliquia.

Me acomodé a un lado de la mesa para que otros pudieran alcanzar las ostras, pero lo suficientemente cerca para continuar la conversación. Hablar con Henry en persona era más desafiante que hacerlo por carta, pero estaba decidida a seguirle el ritmo. Y era más fácil que hablar con Franny, quien me ponía nerviosa con su apariencia.

—¿Por lo general la eficiencia es poco atractiva? —le pregunté a Henry.

—Eso había pensado siempre. —Asintió, todavía sonriendo. Franny se quitó los guantes para pelar ostras y los echó sobre la mesa.

—Bueno, hora de tomarnos un descanso —dijo con una sonrisa deslumbrante—. Vamos, Eve, te mostraré la casa.

Henry miró a Franny y después a mí.

—Sí, claro, desde luego, reuníos con nuestros jóvenes

camaradas. Pero, Eve, en serio, si alguna vez necesitas trabajo, estoy buscando una asistente de investigación eficiente para los meses de verano.

Me reí. No podía decirlo en serio.

—Sería un traslado complicado desde Nueva York, pero lo tendré en cuenta.

Seguí a Franny colina arriba hacia la casa. Mirando hacia atrás, vi que Henry nos estaba observando. Lo saludé con la mano y él se llevó el cuchillo a la frente en un rápido saludo.

Franny se detuvo fuera, en el porche cerrado.

—Entonces ¿tú también eres escritora?

Se quitó la goma y el pelo le cayó ondulándose hasta rozarle los amplios hombros.

—Ya me gustaría. Pero es complicado hasta que sabes qué quieres contar.

—¿Sí? —preguntó.

—Me imagino que para ti es fácil, porque creciste rodeado de libros y escritores.

—No, los libros no son lo mío.

Lo dijo como si fuera sencillo, aunque me costó trabajo creerle teniendo en cuenta quiénes eran sus padres. Yo estaba segura de que si mis padres hubieran sido escritores en lugar de un abogado experto en fiscalidad y una decoradora de interiores a media jornada, estaría más cerca de convertirme en escritora.

Franny inclinó la cabeza. Oí el ritmo nervioso de *Walk Like an Egyptian*.

—Creo que están bailando —dijo Franny.

Me condujo dentro de la casa a través del porche; habían desplazado los muebles, apartándolos hacia las paredes, y habían enrollado las alfombras. Un grupo de chicos más jóvenes bailaban descalzos en la sala de estar y el comedor. La cocina estaba llena de gente que charlaba y bebía cerveza en pequeños grupos o sentada sobre la encimera. Parecía que todos se alegraban de ver a Franny; le estrechaban la mano, le tocaban el pelo o lo envolvían en abrazos. Una niña se levantó, lo abrazó por la cintura y lo apretó hasta que él la subió a sus hombros y la llevó bailando por la cocina. Cuando la bajó, ella se fue dando saltos y él giró hacia una anciana con arrugas y el cabello gris atado en un moño. Tenía pintura en las manos, y unas sandalias Birkenstock se asomaban por debajo de su larga falda negra. Franny le apoyó las manos sobre los hombros, se inclinó y le prometió, en voz alta para que ella pudiera oírlo por encima de la música, que iba a regresar enseguida para fotografiar su obra.

Me presentó a algunos amigos y primos diciéndoles que yo era «una escritora de Nueva York, amiga de Henry». Como aceptaban tan rápido la información dejé de tratar de explicar, por encima de la música, que sólo era una secretaria. Por mucho que quisiera considerarme escritora, mi hábito de comenzar historias y destruirlas al cabo de tan sólo unas cuantas páginas no me daba el derecho a llamarme «escritora».

—Ella es Rosie Atkinson, videoartista —dijo Franny mientras besaba la mejilla de una mujer joven y pequeña, con el cabello negro azabache cortado al estilo bob y que llevaba un pintalabios de color magenta—. ¿Qué tal va la instalación?

Antes de que pudiera responder, un hombre angelical con gafas redondas y una camiseta deslavada de Brooks Brothers tomó a Franny por detrás y le gritó: «¡Franster!».

Franny se dio la vuelta.

—¡Hombre! —Se abrazaron—. Eve, recuerda este nombre: Stephen Frick. Esta criatura tan graciosa pronto se convertirá en un compositor famoso.

Claramente, la creatividad era lo que prevalecía en ese grupo. Cada presentación de Franny incluía algún dato artístico: dramaturgo prometedor, saxofonista de jazz, director de galería, actor. Al parecer, ninguno de ellos se estaba formando profesionalmente; ningún estudiante de derecho o de medicina, consultor júnior ni ejecutivo de cuentas como los que encontraba entre los hijos de los amigos de mis padres. Después de veranear durante tantos años en Truro, más o menos conocía a ese tipo de gente, pero jamás imaginé que iba a conversar con ellos, y ni me podía llegar a imaginar que me recibirían como si perteneciera a su círculo.

La fiesta era sencilla y daba la sensación de que había sido bastante improvisada. Dos niños vestidos con un mono corrían descalzos por la cocina, uno de ellos sos-

teniendo una bolsa de bombones. Tres mujeres estaban sentadas en los empinados escalones de madera de la escalera trasera, inmersas en una conversación aparentemente seria. Cogí una Corona de una especie de jofaina vieja que había sobre la encimera y le di unos sorbos rápidos. Alguien subió el volumen de la música y Franny empezó a bailar mientras nos empujaba suavemente a mí y a varias personas de la cocina al salón. Al principio yo me sentía incómoda mientras bailaba, arrepentida de haberme puesto un remilgado vestido de algodón. Pero cuando me terminé la primera cerveza, empecé a relajarme. Lancé mis sandalias a un rincón y me dirigí hacia el centro de la habitación; me gustaba encontrarme con la mirada de Franny y que me diera vueltas, aunque no estaba segura de si bailaba conmigo o con todos. Conforme oscurecía, más gente iba entrando en la casa, hasta que se llenó.

En la sala, Henry bailaba con una mujer delgada de cuello largo, que llevaba puesto un vestido con escote halter largo hasta el suelo, con estampado de remolinos naranjas y verdes; el cabello encanecido se le balanceaba sobre la espalda en una trenza gruesa. Supuse que era su esposa, Tillie Sanderson, cuyos poemas había tratado de comprender cuando estudiaba en Brown. Henry, Tillie y el resto de la gente mayor parecían sentirse libres y felices de una manera que no sólo los hacía parecer más jóvenes que mis padres —aunque evidentemente tenían la misma edad—, sino también atemporales, como si ser

escritores y artistas los librara de algo tan convencional como envejecer. Henry y Tillie, sin dejar de sonreír, intentaban hacer el paso *bump*. Traté de imaginarme a mis padres bailando al son de los Talking Heads o haciendo el *bump*, pero me resultó imposible. Justo en ese momento, apareció Franny y me tomó de las manos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó mientras bailábamos, dándome vueltas por debajo de nuestros brazos.

—Todo esto —respondí. Claramente él no tenía ni idea de qué estaba hablando.

Cada verano, mis padres también hacían una fiesta. Pero en lugar de bailar descalzos, con las alfombras enrolladas o junto a ancianas con sandalias, organizaban una fiesta de cóctel que exigía establecer rigurosamente la lista de invitados para poder calcular que hubiera cuatro miniquiches por persona y ataviarse con trajes y vestidos hechos a medida en Filene's, en el centro comercial Chesnut Hill. Además, ofrecían pequeñas toallas recién planchadas y colocaban platitos con jabones en forma de caracol en cada baño.

Iba de vacaciones a Truro desde que era niña, y cada verano resultaba tan predecible como las mareas. Los días soleados íbamos a la playa Ballston, donde extendíamos nuestras toallas en el lado derecho de la entrada, nunca en el lado izquierdo. Si el océano olía mucho a algas, íbamos a Corn Hill a nadar en la bahía, donde, cuando paraba el viento, era fácil hacer saltar un guija-

rro seis veces seguidas sobre la superficie cristalina del agua. Mis padres desdoblaban las sillas de playa y leían; mi madre prefería sagas familiares de múltiples generaciones sobre migraciones del *shtetl* a Scarsdale; mi padre, la última biografía presidencial del Book of the Month Club o las tablas de valores. Mi hermano Danny y yo nos sumergíamos para coger cangrejos violinistas o nadábamos. Conforme crecíamos, el patrón se fue ajustando aunque no cambió mucho en realidad. En lugar de jugar en el agua, yo me perdía en mis novelas, y Danny resolvía los problemas de las columnas de juegos matemáticos del *Scientific American*.

La última noche de nuestras vacaciones comprábamos langostas y las hervíamos en una olla negra enorme. Cuando regresábamos a nuestra casa de Newton, nos sacudíamos la arena de la ropa de playa y, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, volvíamos a nuestra vieja rutina: trabajo, escuela, cena a las seis, las alabanzas de mis padres al genio matemático que es mi hermano Danny, y su ligero enfado por mis ensoñaciones literarias. Este hábito, que habíamos tenido desde hacía tanto tiempo, persistió durante años. Desde entonces, mis padres han estado obsesionados con la trayectoria de Danny en su posgrado en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, el MIT; los deseos de grandeza de mi familia yacían totalmente en él mientras esperaban a que yo abandonara el sueño de convertirme en escritora y me concentrara en estudiar derecho u obtu-

viera un grado en enseñanza. Últimamente yo también había estado dudando sobre cuál era mi camino, me preguntaba cómo podía tomar en serio una ambición o un sueño que todavía no había obtenido resultados, aparte de las enormes pilas de papeles desperdigadas por mi habitación.

Sin embargo, al ver bailar a Franny, con el cabello largo flotando a su alrededor, me embargó la sensación de que podía ser posible, la tímida idea de que yo también podía tener una vida creativa. Era embriagador haber encontrado un camino de acceso al entorno de Franny y este otro Truro. Y ahora que lo tenía, no quería soltarlo.